



INTRODUCCION.

§ I.—Carácter de la lucha.

I.

Jesucristo dice que no ha venido á traer la paz, sino la division y la guerra: palabras místicas del *Príncipe de la Paz* que llegan á ser una terrible realidad en el siglo XVI. No tenian los reformadores otra ambicion que volver al cristianismo primitivo, vergonzosamente alterado, segun ellos, por la Iglesia; imbuidos del espíritu evangélico, profesaban el desprecio de las cosas de este mundo, enseñaban la humildad y la sumision á las potestades, sin que, por otra parte, tocara el debate entre Lutero y Roma más que á algunos puntos oscuros del dogma. Y, sin embargo, las pasiones se exaltan; la oposicion que encuentran los protestantes excita á la resistencia; el espíritu de rebelion se difunde por toda la cristiandad; las guerras religiosas estallan. Unánimes están todos los historiadores en condenar estas espantosas luchas; hasta un escritor que se ha impuesto la mision de defender la revolucion del siglo XVI confiesa que, "desde la irrupcion de los pueblos del Norte en el imperio

romano, ningun acontecimiento habia provocado en Europa estragos tan prolongados y universales como la guerra encendida en el foco de la Reforma," (1).

Los dos partidos que ensangrentaron á Europa se acusan reciprocamente de la responsabilidad de estas desgracias. ¿Cuál será el juicio de la historia? La lucha que ha dividido á los combatientes divide también á los historiadores: los libres pensadores echan toda la culpa sobre la Iglesia romana; los partidarios de lo pasado acusan á los noyadores. En apariencia, los protestantes son los culpables: ellos rompieron la unidad y rasgaron la túnica sin costura del Cristo, y ellos sostuvieron, además, su cisma por las armas, en vez de sellar su creencia con el martirio, como lo habían hecho los primeros cristianos, cuyas huellas pretendian seguir. Tales son las acusaciones que resuenan todavía en el siglo XIX contra los reformadores del XVI. Ya hemos respondido á esos repro-

(1) VILLERS, *Essai sur la réformation de Luther*, p. 315.—SCHOELL, *Histoire des États européens*, t. XIII, p. 9: «La Reforma extendió por toda Europa la perturbacion y la guerra.»

ches (1), demostrando que la Reforma no data de Lutero, que se remonta hasta la Edad Media y que es el desarrollo legítimo de una faz del cristianismo. ¿A qué conducen, pues, las imputaciones que dirigen contra el protestantismo los ciegos defensores de la Iglesia? Recaen sobre el mismo cristianismo, es decir, sobre la humanidad y sobre Aquel que dirige sus destinos; y tanto valdría renovar las acusaciones que los paganos lanzaban contra el Cristo y su doctrina revolucionaria. El progreso providencial de las cosas humanas no destruye sin duda la responsabilidad de los individuos y de las naciones; pero así como en las luchas de los pueblos no es siempre el verdadero autor de la guerra el que abre las hostilidades, así tampoco son culpables de las revoluciones los que las realizan, sino los que las hacen necesarias. No hay, pues, que acusar a la Reforma, sino a los abusos y excesos de la Iglesia romana. Y puede decirse más todavía: resistiendo a las justas exigencias de los precursores de Lutero, no sólo trajo Roma la revolución religiosa del siglo XVI, sino que, al negar la libertad a los protestantes, provocó la lucha. Si, pues, la Reforma es responsable en apariencia de las guerras de religión, en realidad lo es la Iglesia. Tal es la respuesta que oponen los protestantes a los reproches de los católicos. Por nuestra parte creemos que esta defensa es justa; mas nos parece que hay que inculpar menos a los hombres que a los dogmas del cristianismo histórico.

Los protestantes reclaman la libertad de conciencia y acusan a la Iglesia de una intolerable tiranía, porque no quiere oír hablar de libertad, ni siquiera de tolerancia. Pero ¿cómo habría podido ser tolerante la Iglesia, encarnación del cristianismo tradicional? Hagamos abstracción de los intereses y de las ambiciones: no se ha visto hasta ahora que abdiquen voluntariamente su dominación los poderes establecidos; ¿por qué exigir de la Iglesia lo que ni la aristocracia ni la monarquía han hecho ni harán jamás? Dejando aparte los inevitables obstáculos que las pasiones humanas oponen al más legítimo progreso, ¿podía la Iglesia, aun suponiéndola libre de estas preocupaciones, aceptar la Reforma? El cristianismo, tal como fué formulado por el concilio de Nicea y por San Agustín, es intolerante por esencia: él solo posee la verdad revelada,

(1) Véase la parte octava de estos Estudios, la Reforma.

y esta verdad es una condición de la vida eterna; todo lo que está fuera de la revelación es error, y el error impide la salvación de los que a él se entregan: bajo este punto de vista, la intolerancia es un deber más que un derecho. ¿Cómo pedir la libertad de conciencia a una Iglesia que se dice depositaria de la verdad revelada y que se cree responsable de la salvación de los fieles que Jesucristo, el Hijo de Dios, le ha confiado? Sería pedirle lo imposible. Y tan verdad es que la tolerancia es imposible en el seno del cristianismo tradicional, que hoy todavía, después de la filosofía del siglo XVIII, después que la tolerancia ha penetrado en nuestras costumbres, la Iglesia la rechaza dogmáticamente y debe rechazarla. Así pues, la intolerancia que encendió las guerras de religión es de la esencia del cristianismo, tal como se ha desarrollado bajo la influencia de las circunstancias históricas; y siendo así, pierden mucho de su importancia las acusaciones recíprocas de católicos y reformados. La filosofía de la historia, que no es ni católica ni protestante, debe ser indulgente para los hombres y severa para las doctrinas. Mientras la conciencia general profesa el dogma de la verdad revelada, la intolerancia, la división, la guerra serán su consecuencia inevitable. ¿Se quiere una prueba bien patente? Reclamando la libertad para sí, no pensaron los protestantes del siglo XVI en otorgarla a los demás: imbuida en la creencia de una verdad revelada, fué la Reforma tan intolerante como la Iglesia ortodoxa; y el reproche que los reformadores hacen a Roma puede, pues, con justicia volverse contra ellos. ¿Con qué derecho harían a la Iglesia sola responsable de la sangre derramada en las guerras de religión, cuando ellos mismos encendían hogueras en nombre de la fe? Han tenido siempre la pretensión de no desertar de la verdadera Iglesia, de quedar dentro de la verdadera tradición: que acepten, pues, las consecuencias de esa solidaridad. Si son cristianos, y si es cristiana la intolerancia, la responsabilidad de las guerras de religión debe pesar sobre la Reforma tanto como sobre el catolicismo.

En definitiva, la lucha fué inevitable, fatal. En vano se clamará contra el fatalismo histórico que arruina la libertad, y, por consecuencia, el principio de la responsabilidad humana. Nosotros rechazamos esta funesta doctrina; mas no hasta decir que no haya acontecimientos, y precisamente los

más importantes, que se produzcan fatalmente. Quedando en los límites de lo absoluto, se puede afirmar sin duda que existe siempre la libertad del hombre, y que, por tanto, puede evitar siempre el mal y hacer el bien. Mas salgamos del dominio de la especulación y tomemos al hombre real: cualquiera época de la historia tiene determinadas creencias, preocupaciones innatas; estas creencias y estas preocupaciones constituyen su vida y le hacen obrar; mientras estos móviles existen, le llevan lógica, necesariamente, por una dirección determinada, y es absurdo exigir, en nombre de sentimientos que ignora, de ideas que no han nacido todavía, que siga un camino diferente. Así pasó en el siglo XVI. El mundo cristiano se divide en católicos y protestantes; los unos y los otros creen poseer la verdad revelada, los unos y los otros creen que la salvación está ligada a su confesión peculiar, y todos están convencidos del derecho y del deber de los príncipes de proteger la verdad y perseguir el error. Pedid a esta sociedad la tolerancia, la libertad religiosa, y no os comprenderá, y será intolerante y perseguidora hasta que se modifiquen sus ideas y sus sentimientos.

En este sentido decimos que la lucha de la Reforma y del catolicismo ha sido necesaria, fatal, y todo lo que tiene que hacer la filosofía de la historia en presencia de ese hecho inmenso es buscar el elemento providencial que existe en medio de los errores de los hombres. Pensamos también que lo que es fatal es providencial, lo cual no quiere decir que la Providencia obre directamente y destruya la libertad humana, ni mucho menos que haga el mal para sacar de él el bien. Semejante doctrina sería, más que absurda, impía. Pero a menos de negar a Dios, es preciso admitir que hay una Providencia y un gobierno providencial. La vida de la humanidad es infinita, progresiva; es una educación que nos acerca al bien y a la verdad a cada progreso que cumplimos. Ahora bien, toda educación supone un educador; y ¿quién sino Dios puede ser el educador de la humanidad? Él dirige, pues, nuestros destinos, y no destruye por esto nuestra libertad; la guía, la inspira. Dios cumple, además, otro oficio en la vida del género humano: es el remunerador supremo, el juez que castiga y que recompensa; castiga, mas la pena misma es en su mano un instrumento de perfección. La dirección divina, lo que se llama gracia en el lenguaje

teológico, y la justicia divina, es lo que constituye el gobierno providencial. Las mismas pasiones de los hombres y sus excesos son un medio de acción para la Providencia: Dios saca el bien del mal; todo es bien bajo el punto de vista de Dios; el mal no existe sino bajo el punto de vista del hombre, pertenece a la imperfección humana.

II.

Investiguemos, pues, cuál fué el elemento providencial de las horribles guerras que desgarraron a Europa en nombre de la religión. Uno de los mejores historiadores de la Reforma se lamenta de las pasiones religiosas que agitaron a los espíritus en los siglos XVI y XVII: "Los Alemanes, dice *Menzel*, pasaron su tiempo en definir lo que es indefinible, en escrutar misterios que están por cima de la razón humana, mientras las demás naciones se engrandecían y extendían su poder," (1). Tentados estaríamos a maldecir con *Menzel* la especie de manía religiosa que se apoderó de Europa durante doscientos años, al ver la estrecha y áspera intolerancia de los teólogos y los funestos efectos de sus divisiones. Pero ¿no es infiel el historiador alemán al genio de su raza? La Reforma es la gloria de Alemania, porque es la manifestación del libre pensamiento en el dominio de la religión, y las ideas gobiernan el mundo. ¿Qué importan las necesidades de los teólogos y sus disputas? ¿Qué importan las querellas más sangrientas de las sectas cristianas? Hay que compadecerse de las desgracias y de los sufrimientos de los individuos; pero Dios vela porque la sangre que se vierte por convicciones, aun imperfectas, no se derrame en vano. Si las guerras encendidas por la ambición tienen su misión providencial, las guerras de religión deben servir también al progreso del género humano en la ruda carrera de su perfeccionamiento. Dejemos a los filósofos del siglo pasado el triste placer de insistir, exagerándolas, en las calamidades que las querellas de los teólogos han engendrado (2); que si no hubiera otra cosa en las guerras de religión

(1) AD. MENZEL, *Neuere Geschichte der Deutschen*, t. IV, página 242.

(2) VOLTAIRE, *Essai*, c. 118: «Las guerras de religión hicieron espantoso el fin del siglo XVI, y trajeron una especie de barbarie que no conocieron los Hérulos, los Vándalos, ni los Hunos.» *Ib.*, c. 128: «Las querellas de teólogos se convirtieron en guerras de caníbales.»